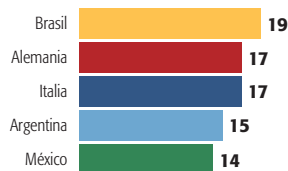


Fútbol: pasión y metáfora

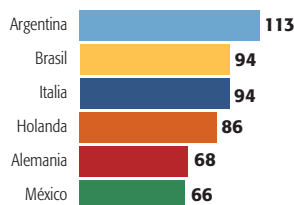
México en los mundiales

Antonio Alonso
Concheiro

Países que han participado
en el mayor número de copas
mundiales

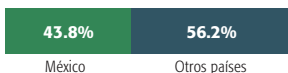


Países con más amonestaciones
en copas mundiales



Participación y desempeño
de México y el resto de los
países de la Concacaf en
copas mundiales

Total de partidos disputados
por países de la Concacaf **112**



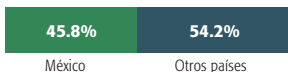
Total de partidos ganados
por países de la Concacaf **22**



Total de partidos perdidos
por países de la Concacaf **66**



Total de partidos empatados
por países de la Concacaf **24**



Fuentes: Varias, del archivo personal del autor.

• Como en cualquier democracia, las protestas y huelgas que se han realizado en Brasil a lo largo del último año reflejan aspiraciones, descontentos, demandas y diferencias, y son legítimas. Los excesos de los cuerpos policiales contra toda protesta, manifestación o movimiento popular deben ser averiguados, castigados y cohibidos. Sin embargo, esto no obsta para que el Gobierno cumpla con su responsabilidad y obligación de tomar medidas contra los actos vandálicos y garantice la seguridad de la población durante el Mundial.

La apología del odio y las amenazas que caracterizan a algunos de los movimientos contrarios al Mundial demuestran que no hay argumentos o no interesan. Revelan que una parte de la sociedad brasileña tiene dificultades con la democracia y desea imponerse por la fuerza, utilizando una tradición popular y un evento público que, por más que pueda ser cuestionable, implica una responsabilidad del país —a través del Gobierno que actualmente lo representa democráticamente— con millones de personas.

• La imagen de Brasil como país de la alegría, la samba, el carnaval y el fútbol también es cierta y corresponde a una parte de la realidad. La fiesta y el juego son formas populares de supervivencia y resistencia y, sobre todo, formas de mediación distintas a la política. El fútbol no es sinónimo de alienación o desconocimiento, sino un saber y una práctica que aporta creatividad a la vida social.

Secuestrar la alegría o condenar al fútbol como estrategia política no cambia al país ni al mundo; tampoco ayuda a eliminar las injusticias y desigualdades. Al contrario, en este caso preciso confunde, oculta complejidades y conquistas importantes del pueblo brasileño y censura los saberes y prácticas populares. La política es no solo importante sino fundamental. La alegría, sin embargo, en Brasil y en cualquier otra parte, como dijo Oswald de Andrade en su ensayo “Manifiesto antropófago”, fue, es y será “la prueba del nuevo”. **EstePaís**

Brasil: 13 de julio de 2014 Paola Velasco

“¡En esta hora de sol puro [...] oigo el canto enorme de Brasil!” Manuel Bandeira repetía con exultación estos versos de Ronald de Carvalho la mañana siguiente al domingo 29 de junio, día en que se jugó la final de la copa del mundo de 1958. Toda la noche había permanecido con el grito de *gol* resonando en su cabeza: ¡Gol! ¡Gooooooooo de Brasil!! ¡Una jugada espectacular de Brasil!! Su cerebro repetía el mismo lenguaje bullicioso de vocales alargadas empleado por los locutores a quienes, él como millones, escuchó desgañitarse ante cada anotación; narradores extraordinarios que sabían crear un suspenso de los que las coronarias no aguantan; que convirtieron en leyenda la fantasía del fútbol. Porque uno espera de los comentaristas algo más que solo la exposición del repertorio de jugadas —“fulano se la da a mengano, mengano la devuelve para fulano, fulano avanza, aparece perengano, intenta con zutano”—; lo que se les exige es que nos iluminen la estrategia que se está montando, que guíen la sensibilidad, por ejemplo, al esfuerzo de una efusiva dupla, a la táctica del equipo y, sobre todo, a la pasión que se deja en la cancha.

Con ese clamor vio el alba Manuel Bandeira y así amaneció el pueblo entero, en vigilia y confundiendo el grito victorioso de *gol* con los fuegos artificiales que debían dedicarse para celebrar a San Pedro y San Pablo, pero que se lanzaban en cambio como homenaje a los campeones. Religiosidad de la fanaticada que tronaba en el cielo los cinco goles con los que la selección brasileña venció a Suecia, que solo pudo anotar dos y en su propia casa. El día anterior, el capitán de Brasil, Hilderaldo Luiz Bellini, fallecido el 20 de marzo de este 2014, levantaba por fin la copa Jules Rimet.

No puede decirse que el júbilo fuera exacta y únicamente por hacerse del

PAOLA VELASCO (Xalapa, 1977) es licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Veracruzana y maestra en Literatura Latinoamericana por la UNAM. Autora de *Las huellas del gato* (FETA, México, 2006) y *Veredas para un centauro* (UAM, México, 2012), ha escrito ensayos para *Tierra Adentro* y la *Revista de la Universidad de México*, entre otras publicaciones.

¹ Los datos se pueden consultar en: <<http://www.atlasbrasil.org.br/2013/es/>>.

² El Gobierno detalla los gastos públicos en <<http://www.portaltransparencia.gov.br/>>.

campeonato por primera vez. A nosotros bastaría esa satisfacción si México, que nunca ha pasado de algunos pobres triunfos pasajeros —como reza el tango—, ganara un mundial. Aquella conquista provocaba más que la excitación de haber ganado la Copa, colmaba una sed que estriaba hacía mucho el ánimo de un pueblo; reparaba un dolor angustiosamente incrustado, desvanecía las pesadillas de los niños que en sueños miraban, una vez tras otra, entrar el fatídico balón pateado por Ghiggia en el 50, la bola que convirtió el que iba a ser el día más memorable de sus vidas en una existencia agónica.

Obtener el título le restituía a Brasil algo indefinible pero capital, sin lo que anduvo por dos eternas edades de la tetrahistoria. Contrapesaba el malogro del “maracanazo”, levantaba al país de la apagada tristeza en que lo había sumergido ver repetidamente frustrada su máxima aspiración de ser el mayor en fútbol. Aquel mundial de Suecia vio a Lev Yashin, “la Araña Negra”, convertirse en el primer portero en usar guantes; fue la primera contienda de fútbol global en transmitirse por televisión y era la primera vez en que un país ganaba fuera de su continente. Pero, por sobre toda iniciación, Brasil comenzaba su historia de triunfo en los mundiales y abría un capítulo especial como infaltable protagonista: cinco campeonatos, dos subcampeonatos y dos terceros lugares; en 19 mundiales, Brasil ha estado 9 veces en los tres primeros puestos.

Como si hubiera sido una onda expansiva que permaneció en el tiempo, el ensordecedor silencio que ocho años antes hundió al Maracanã se trasladó al estadio Rasunda. Las voces del “heja sverige” que celebraron al minuto tres del gol de Liedholm y dominaron fugazmente el inicio fueron apagadas por el baile de Brasil. Otro motivo más de orgullo para un pueblo afrentado, avergonzado de sí mismo y dolido aún por la Batalla

de Berna, la trifulca en la cancha y los vestidores, en la que había participado cuatro años antes, peleando la clasificación a semifinales con Hungría. Esta vez el equipo campeón sustituía la infamante violencia con buen fútbol y en lugar de puñetazos recibía “las inefables caricias de las jóvenes rubias de Suecia”. De una desmesurada catástrofe humana —decía Mandela— debe nacer una sociedad de la que la humanidad se sienta orgullosa. La vuelta al estadio de la selección brasileña levantando la bandera sueca en señal de respeto y gratitud culminó la victoria. También en sus gargantas, tiempo atrás, anidaron los gritos de triunfo convertidos en aves muertas; también Brasil conocía el invierno que trae perder en el propio país.

Bandeira, como sus compatriotas, sintió lavada la afrenta que pesaba sobre ellos luego de que la prensa europea, tras el episodio húngaro, definiera a su selección como “una caterva de negroides históricos”. Ganaba “la clase”, la misma que mostró Dani Alves en el reciente encuentro entre el Villarreal y el Barcelona, cuando una caterva de racistas —vergonzoso puñado de la humanidad que nos ofende a todos, que nos lastima a todos y nos recuerda qué corta es la memoria de los hombres— le arrojó un plátano y él, con el control, con la parsimonia del crack que ve el hueco abierto por donde entrará el tanto, levantó la fruta, peló su gruesa y blanda cáscara para llenarse la boca con su pulpa y tirar el córner.

En Suecia 1958 era mucho, verdaderamente mucho más que un mundial lo que Brasil ganaba: adiós al sentimiento de derrota, a la aterradora sensación de desamparo que desde el “maracanazo” acompañaba la vida y, ¡venga!, a saludar con elegancia al rival, a recuperar la clase perdida con Hungría en el 54. “Presidente Juscelino —escribe Manuel Bandeira—, nuestros campeones merecen permanecer en el registro de la nación”. El poeta de Recife pide que se consideren



23 lugares en la memoria del pueblo: 22 para los titulares y las reservas, y uno más para Feola. “Prestaron un enorme servicio a Brasil haciendo más de lo que la propaganda oficial diplomática y extradiplomática en 69 años de República. No van ahora nuestros gobernantes a deshacer con las manos lo que los campeones hicieron con los pies”.

Se impone decir que aquella selección produjo una de las mayores epopeyas en la historia del fútbol; privilegio de un tiempo que pudo presenciar el nacimiento de un héroe y las primeras evoluciones de sus hazañas. En cualquier campo humano —literario, artístico, científico, político—, no todas las épocas son llamadas a servir de sustento al genio de quien será excepcional. No todos tampoco son elegidos para ser testigos de la epifanía. No todos tienen la habilidad de leer en un gesto la revelación. Vicente Feola lo hizo: alineó a un Pelé de 17 años que en esa final anotó dos goles, al 55’ y al 90’, y que a partir de ahí se convertiría en pilar de una selección que ganó con él tres mundiales. “Primer Ministro de nuestro Brasil moreno”, lo llamó Vinicius. Ocho años antes Pelé había visto llorar a su padre la amargura del Maracanã; ahora hundía el rostro en el pecho de sus compañeros llorando unas lágrimas bien distintas. El mismo Moacir Barbosa, arquero del 50 al que entraron los fatídicos goles de

Se impone decir que aquella selección brasileña produjo una de las mayores epopeyas en la historia del fútbol; privilegio de un tiempo que pudo presenciar el nacimiento de un héroe: Pelé

Uruguay, tan injustamente tratado, debía resucitar un poco de la muerte al que el encarnizado olvido de sus compatriotas lo condenaba en vida. En Brasil —decía Barbosa— la pena máxima por cometer un delito es de 30 años; yo he cumplido condena durante toda mi vida. Moacir murió al iniciar el milenio, relegado, mortificado por una falta que, si hemos de hacer justicia, compartía con por lo menos 10 hombres más. Y, con todo, murió sabiendo a Brasil tetracampeón.

Hasta Jules Rimet, de no haber muerto un par de años antes, habría sentido que un invisible orden reacomodaba algo que había quedado desalineado, fracturado desde junio del 50, cuando salió del túnel abrazando su estatuilla homónima y, sin saber qué hacer, se la entregó desconcertado y casi a escondidas a Obdulio Varela, el capitán uruguayo de quien se despidió —confesaba— “sin poder siquiera decirle una palabra de felicitación para su equipo”.

Solo una cosa podría haber empañado en Suecia la impecable faena de Brasil. No golpes ni derrotas, sino aquellas palmaditas inapropiadamente familiares que uno de los miembros de la delegación brasileña, médico al parecer, dio al rey Gustavo Adolfo en la espalda a la hora de las felicitaciones. Quizá una falta gravísima al protocolo real, pero una muestra al fin de que los mundiales de fútbol, como toda celebración deportiva, son ante todo grandes fiestas de aproximación, de confraternización entre seres humanos.

El fantasma del Maracanã ha vuelto a rondar a los brasileños, aunque no ganar el mundial no traerá de vuelta —espéremos— aquel ánimo colectivo de suicidio. A diferencia del 50, 54, 58, 62, 70, 94, 2002 y el largo etcétera de la vida brasileña en el fútbol, por improbable que parezca, una parte del país rechaza el juego que la otra considera tan integrada a su identidad como la feijoada, el samba, la MPB o el carnaval. En su reclamo hay justicia: millones de dólares en estadios mientras favelas, escuelas y hospitales carecen de todo. Pero si Brasil ganara, en su Maracanã, en su país, no habrá mayor belleza en el estruendo: hasta el más descreído vibrará con el canto colectivo, enorme, de Brasil, “sangre entrando verde por el ventrículo derecho y saliendo amarilla por el ventrículo izquierdo y fundiéndose en el cuerpo amoroso de pobres y ricos”, que bailarían entre confeti y papel picado, convirtiendo todos sus júbilos en uno solo. **EstePaís**

Partido de vuelta Eduardo Langagne

Francisco y su compadre Lucho compartían uno de los cuartos en la azotea de nuestro edificio. Les gustaba salir los domingos a vernos jugar fútbol en la calle empinada y desigual. Iban siempre a las cascaritas que armábamos en la avenida y mientras nos alentaban por los buenos pases o nos retaban por los goles fallidos o las jugadas mal terminadas, fumaban sin descanso y bebían cerveza toda la tarde. Al anochecer se hacía imposible ver el balón. Entonces el juego terminaba y nos sentábamos en el suelo, en el zaguán, alrededor de los dos compadres, a oír sus historias. Fueron futbolistas.

Aunque no estaban tan viejos, Lucho usaba muletas. Había perdido las dos piernas en un accidente de automóvil. A causa del mismo percance, Francisco se apoyaba en un bastón. Su pierna derecha le servía de poco, pero sabía pelotear con la izquierda y jugar con el balón con la cabeza, el pecho y el muslo sin dejarlo caer al suelo. Una vez contamos casi 50 toques sin que la pelota cayera.

Ante nuestra admiración y nuestras aclamaciones, Francisco contaba que su compadre Lucho había sido todavía mejor para dominar el balón. Lucho movía la cabeza en actitud de negar, pero al mismo tiempo aceptaba el elogio. Todo lo que sabíamos de ellos era que habían sido futbolistas profesionales. Jugaron en el Necaxa.

En ese tiempo no pasaban tantos automóviles por nuestra calle. Especialmente los domingos, los minutos se sucedían placenteros y podíamos jugar un buen rato sin que se asomara uno solo. Todos los jugadores de fútbol quieren tener un

EDUARDO LANGAGNE es poeta, narrador y traductor. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, estudió la maestría en Letras Latinoamericanas en la UNAM. Próximamente aparecerán sus libros de poemas *Mesa del tiempo* (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla) y *Verdad posible* (Fondo de Cultura Económica). Dirige la Fundación para las Letras Mexicanas.

auto del año para alcanzar grandes velocidades. En ese entonces, la avenida inclinada hacia el oriente estaba rodeada de árboles que enverdecían las céntricas calles del barrio.

Cada vez que aparecía el tema del bastón y las muletas, alguno de nosotros preguntaba qué había sucedido. Los dos compadres mencionaban a secas el accidente y desviaban de inmediato la atención contando alguna anécdota de la cancha. Por ejemplo, la de un antiguo compañero suyo, un defensa argentino durísimo que —decían— daba unas patadas como penitencia de confesor. Una vez detuvo el avance del equipo contrario con una entrada muy violenta al delantero, también argentino, quien doblado en el suelo sobándose la pantorrilla, le espetó: “Ché, no jodás, si los dos somos argentinos”. El defensa replicó con su característico acento porteño: “¿Y qué querés?, ¿que te cante el himno?”.

A Francisco lo dejó su mujer, una garrbosa morena con la que tuvo dos hijas igualmente hermosas. La bella morena se fue con el vecino cuando le prometió una casa para ella y las niñas. Ni siquiera lo dudó. Ella se había casado con una promesa del fútbol y en ese momento, con el mínimo sueldo que tendría su marido hasta el final de sus días sacando fotocopias y archivando papeles junto con su compadre Lucho en la pequeña empresa de un antiguo aficionado del Necaxa, no les alcanzaría para la casa que ella deseaba. Además decía que ese amigo sin piernas vivía a expensas de Francisco. Ella había exigido en muchos momentos: o él o nosotras.

Los dos amigos gozaban pasándose el balón de las palabras, narrando juntos las anécdotas, compartiendo la cancha de la conversación. Al despedirse, Francisco abrió la puerta de la entrada del edificio empujándola con su bastón y luego se iban driblando la escalera con el ritmo que permitían las muletas de Lucho, quien una vez nos contó cómo subían imaginando recibir la copa Jules Rimet de manos de la reina de Inglaterra. Jóvenes y fuertes caminaban entre nubes, con la copa del mundo entre las manos, acompañándose siempre como verdaderos amigos que eran.

Después de los partidos callejeros, los mayores traían cervezas para que los compadres contaran más anécdotas. Una ocasión, ya muy cerca del último día del año, los menores habíamos bebido también, quizá demasiado; los